

GARNIER La Primera Sorpresa

C.R.

863.6

G236-1a

C.E.





Primeros

LA PRIMERA SONRISA

(ESTUDIO)

por
José Fabio Garnier
1904



ERA una hermosa habitación; bañándolo todo en una onda luminosa los rayos del sol entraban en ella por dos ventanas abiertas sobre un jardín. Tapizado de amarillo oscuro; adornado con jarrones en que lucían sus colores las rosas y los claveles, las violetas y los pensamientos, parecía muy alegre el dormitorio de Cordelia.

Tenía pocos muebles: hacia el fondo, oculto por un blanco cortinaje se adivinaba un lecho colocado transversalmente; a la derecha una cómoda de caoba con incrustaciones de guayabo, sobre la que descansaba un pequeño armario que servía de biblioteca; una consola de mármol con su correspondiente jarrón de porcelana y su hermosa jofaina, ambos envueltos por sobrerelieves que, en forma de guirnalda de flores y de

frutas circundaban un cuadro encantador dibujado en la porcelana: el Amor huyendo de una Venus Afrodita; a la izquierda, varias sillas distribuidas aquí y allá y un tocador pequeño en cuyo espejo de una luna soberbia se habían posado muchas partículas de polvos de arroz, y sobre el tocador, colgando de la cornisa, un espejo de cuerpo entero que se abría en el muro como retazo de un lago argentado.

De pie ante el, una señorita como de veinte años, levantaba los brazos con un gracioso movimiento de coquetería, colocaba las manos en las caderas, se volvía de perfil y acariciaba, con sus miradas, la ondulación adorable en los contornos y la curvatura de las líneas de su cuerpo que se reflejaba en la superficie del cristal.

Plegaba aquí una de las cintas rosadas que llamaban la atención en su vestido color malva; arreglaba allá un encaje que resaltaba en el fondo rosa del adorno del pecho; movía las faldas para deshacer las arrugas y para ver cómo caían los pliegues en el suelo; contemplaba luego su rostro ovalado, sus ojos oscuros, su barba salida y después, con

un ligero movimiento, se volvía para fijarse en su espalda modelada.

Estaba harto distraída cuando otra señorita entró en el dormitorio. Ambas amigas se abrazaron besándose dos veces en las mejillas y luego la recién llegada dijo sonriéndose:

—¡Si estás muy guapa, Cordelia. !Cómo se nota que deseas agradar mas a tu novio!

Con una sonrisa encantadora Cordelia afirmó aquella frase de Susana; enseguida, sacando de la cómoda uno de sus sombreros, lo colocó sobre sus cabellos castaños arreglados con gracia por encima de su frente blanca y espaciosa.

Susana, antes de salir, hizo frente al espejo, una revista de sus encantos y se limpió con un pañuelo alilado el borde de los ojos y el arranque de las orejas en donde los polvos de arroz se habían acumulado.

En seguida salieron a la calle, ya muy concurrida; iban hablando de generalidades; aquí y allá eran saludadas por jóvenes amigos que, en las esquinas, esperaban a sus novias; y, en cada boca calle se veían obligadas a detenerse mientras pasaban algunos ca-

rruajes arrastrados por caballos raquí-
ticos.

Llegaron al Parque Central donde, por ser domingo, se efectuaba la parada militar. Mientras sus oídos se sentían acariciados por piezas de una antigüedad incontestable, las dos señoritas tomaron asiento en un escaño, poniendo atención a tres niñitos que jugaban alegres viendo cómo variaban las sombras que los rayos del sol, descolgándose de los higuerones, se entretenían en dibujar en el suelo.

Susana vió a su novio sentado en otro de los escaños en compañía de varios amigos; se ruborizó para contestar al saludo que, de lejos, le hicieron, y, por asociación de ideas, preguntó:

—Es cierto lo que dicen, Cordelia, que dentro de poco tiempo te casas con Eugenio? En todas las reuniones a que he asistido siempre he oído hablar de tu posible matrimonio.

—Tal vez así suceda—contestó Cordelia ruborizándose— Hace bastante tiempo me corteja Eugenio que es un buen muchacho y en cuya compañía me parece que no tendré nada que envidiar.

—Me extraña que digas eso. Eugenio no podrá hacerte feliz nunca. Con esas ideas tan raras, con esa incredulidad tan manifiesta me parece que siempre tendréis disgustos.

—No es cierto eso, Susana. Las cuestiones religiosas las dejaremos tranquilas. En mi hogar, si llego a formar lo con Eugenio, reinará la tolerancia: el, con la incredulidad que se le atribuye; yo, con mi escasa devoción y, nosotros dos, con la religión del amor y del deber. No será por ningún motivo, esa cuestión la que entibie nuestras relaciones ni la que me arranque de su lado cuando seamos esposos.

—Pero ¿no sabes, Cordelia, que su corazón muerto para el amor a un Dios omnipotente no podrá latir por el amor a un ser terrenal?

—Sabes que me haces reír con esas argumentaciones? Esa frase del Dios omnipotente y del ser terrenal ¿de dónde la has tomado?

—Se la oí pronunciar á mi tío, el padre Mercedes, refiriéndose precisamente a tu prometido.

—Ya. ya. comprendo tu enojo con Eugenio. ¡Como el cri-

ticó las pretensiones de orador sagrado que tiene tu tío.!—contestó Cordelia sonriéndose graciosamente.

—Eso por una parte y por otra el que lance sin temor alguno sus críticas contra nuestras prácticas que se atreve a llamar mascaradas religiosas.

—Sin embargo, Susana, esos no son motivos para odiar a una persona con quien el cultivo de relaciones es un honor en vez de ser un desprestigio.

—Ya lo se. Que tiene talento, que es muy amable, no lo niego. Lo único que digo es que un incrédulo no puede amar a nadie. El que no cree en nada no puede sentir la poesía de los grandes amores.

—Cómo puedes decir eso? Que Eugenio porque no ve en el cielo ningún ser misericordioso, porque no cree en nada, no ama a nadie? No puede haber sido un buen hijo, no podrá ser un esposo modelo? Bien se conoce que no sabes lo que se cuenta del amor filial de mi prometido.

Y con una voz pausada le refirió lo que constituía un timbre de orgullo para Eugenio.



II

EL padre de Eugenio, había sido un comerciante bastante acomodado que se dedicaba con mucha actividad a las transacciones mercantiles. Hacía viajes continuos a todos los pueblos de la República en los cuales ejercía su comercio al por menor con pequeñas sucursales de su gran almacén situado en la capital. A veces llegaba a los límites con Colombia en donde compraba cerdos que luego vendía muy bien en las ciudades costarricenses.

De vuelta de una de estas visitas al mismo se sintió muy abatido, con tendencias continuas al sueño; su estómago no funcionaba bien y, de vez en cuando, sufría vértigos. En todo su cuerpo sentía una picazón terrible y poco después aparecieron en el manchas encarnadas desprovistas de sensibilidad;

su cara tomaba un color azulado; el cutis engrosaba y se hinchaba; en fin, se consideró como una nueva víctima de la lepra por el contacto con varias mujeres de las regiones que en sus viajes visitaba.

Comprendiendo su situación, decidió aislarse para impedir el contagio.

Eugenio no quiso separarse de su padre, lo acompañó en su retiro cuidándolo con un amor filial extraordinario.

Aislados ambos en una finca de su propiedad al norte de la República, el joven ejercía de enfermero con una solicitud incomparable. Obedeciendo a las observaciones de varios médicos amigos, todos los días se desinfectaba cuidadosamente, tratando de evitar así el contagio de tan terrible enfermedad.

El leproso presentaba un aspecto digno de compasión; el rostro estaba completamente cambiado: su nariz, antes tan perfilada, era ancha y achatada ahora; los pómulos salientes y en forma de pezón, los labios violáceos y llenos de tubérculos; las orejas eran enormes; los párpados estaban hinchados; los ojos, antes tan brillantes, ahora se veían hú-

medos y hundidos. Las cejas, el bigote y la barba habían caído dejando el lugar a tubérculos que, después con todos los del cuerpo, se abrieron formando úlceras.

Eugenio estaba al lado de su padre, atento siempre a todos sus deseos. Le mortificaba oírle hablar porque pedía todo con una voz ronca y detenida por la respiración dificultosa que se hacía sibilante.

Cuando en el cuerpo de don Fernando—así se llamaba el enfermo—aparecieron las úlceras, el infeliz Eugenio se sintió desfallecer. Le martirizaba ver aquellos miembros adorados cubrirse de úlceras profundas, de fondo gris y con labios callosos que continuamente arrojaban un líquido espeso, cremoso, con manchas sanguinolentas que, al contacto del aire, despedía un olor fétido. Le repugnaba esta constante supuración y, para evitar que se secase y formara costras moreno-verdosas en los bordes de las úlceras, el joven limpiaba con amor toda aquella piel endurecida y apergaminada que presentaba el aspecto de una cicatriz enorme, lustrosa como untada de aceite.

La desesperación de aquellos dos solitarios llegó al colmo cuando vieron cubrirse las manos y los piés del enfermo de úlceras lineales que determinaron, poco tiempo después, la caída de las falanges y la completa mutilación de los dedos.

La enfermedad había hecho de aquel anciano un ser inaguantable que descargaba sus cóleras sobre el hijo, quien callaba siempre, resignado ante este nuevo martirio que le imponía la irritabilidad nerviosa de su padre adorado.

La muerte llegó mucho tiempo después, no encontrando mas que un cuerpo débil, arrugado, lleno de ulceraciones que fluían diariamente; con las mejillas hundidas, con los párpados caídos y el labio inferior colgante.

Al morir don Fernando, Eugenio apenas contaba veinticinco años.

Este rasgo de un hijo que no vaciló en sacrificar su porvenir ante el ara santa del amor paternal fue muy comentado por los médicos. Se habló del posible contagio; se estudió el caso, y uno de los doctores, el mas entusiasmado con la conducta de Eugenio, dictaminó que el organismo del joven no estaba en

buenas disposiciones para adquirir aquella enfermedad aún después de haberse hallado expuesto a las múltiples influencias que engendran esa miseria fisiológica. Se le sometió a un severo régimen de desinfección que Eugenio constituyó luego en una costumbre higiénica.

Aquel sacrificio hizo mucho efecto en Cordelia cuyas simpatías por Eugenio fueron en aumento hasta llegarse a hablar del próximo enlace entre los dos jóvenes. ✓



III

LA relación de Cordelia había mantenido a su amiga en una atención completa. Al terminar aquella se quedaron ambas pensativas y luego Susana cortó el silencio y dijo:

—Tienes razón, Cordelia. Yo estaba muy equivocada; me habían dicho que un incrédulo era un hombre privado de sentimientos; pero tu me has probado lo contrario. Es de admirar la conducta de tu prometido; sin embargo. ahora que recuerdo, otra cosa me disgusta en Eugenio y es esa costumbre de criticarlo todo en sus artículos, haciendo del escritor un personaje molesto que mira en todas partes lo malo; que cree que en nosotras hay ocultas siempre muchas picardías y que hace públicas sus creencias exagerándolo todo, dando lugar a que los lectores se bur-

len de aquellos a quienes critica. Eso es muy mal hecho.

—Sin embargo, Susana, esas críticas son necesarias, tienen mucho efecto; a nadie se dirigen en particular y cada uno se cree señalado con el dedo del articulista y trata de corregir sus defectos.

—Ah!. así es que porque yo digo.—suspendiendo la frase continuó en seguida —pero callemos, aquí viene Eugenio y no me conviene que sepa lo que te refiero.

En efecto, dos jóvenes se dirigían hacia ellas: el de adelante, Eugenio, enteramente vestido de negro, sonreía al acercarse; el de atrás, el pretendiente de Susana, ostentando su traje a la moda, hacía girar, entre los dedos de su mano izquierda, una caña delgada que le servía de bastón.

Ambos saludaron a las señoritas y después cada uno tomó asiento al lado de su prometida formando así dos parejas que entablaron conversación sobre muchas cosas interesantes sólo para los interlocutores:

Cuando el reloj de la Catedral dió las diez se levantaron los cuatro jóvenes, siguieron juntos hasta la casa de Susana

en donde ésta y su novio se despidieron.

Eugenio acompañó a Cordelia hasta la puerta de la casa en que ella habitaba, donde se despidió prometiéndole que volvería en la noche.

Se dirigió hacia el este de la ciudad a la hermosa residencia que un tío suyo poseía por aquel lado.

Iba pensando en su próximo matrimonio cuando tuvo un encuentro desagradable que despertó, en él, al articulista satírico.



IV

EN medio de un círculo de curiosos de ambos sexos y de varias clases sociales, estaba una mujer flacucha y anémica, con los ojos desmesuradamente abiertos, con la pupila dilatada y con la frente y las cejas contraídas. Después de dar un grito desgarrador, estiró los brazos con los puños retorcidos y luego, dejándolos colgar rígidos a lo largo del cuerpo, cayó pesadamente al suelo donde continuó retorciéndose, encorvándose; al fin terminó el ataque con un desfallecimiento total, quedando el cuerpo tendido en la acera con una espuma azulada en los labios.

De los que estaban contemplándola ninguno se atrevió a sujetarla, le tenían asco y nadie hizo por evitar que se golpeará en el granito de la acera. Les do-

minaba la curiosidad y algunos sonreían al ver que, en las convulsiones, la pobre enferma dejaba descubiertas unas piernas secas y arrugadas.

Eugenio, al ver aquella escena, se prometió criticar en un artículo la caridad presuntuosa que solo hace sus efectos en veladas en el Teatro Nacional y nunca en la callada soledad de las casas particulares en donde las buenas acciones no pueden ser comentadas y trompeteadas por los periódicos.

Este encuentro, además, despertó en Eugenio muchos presentimientos dolorosos. Comprendió cuan pesada era la cruz que llevaba aquella desgraciada: una enfermedad terrible llamada a provocar espectáculos en todas las esquinas, en todas las calles, en todas las partes por donde pasara.

El sufrimiento de aquella mujer lo hizo pensar en el calvario que el mismo debía recorrer.

La lepra con su fétido aliento, con sus úlceras purulentas, con su piel acicatrizada hería de muerte las ansias de felicidad de aquel joven cerebro.



V

LUEGO, caminando lentamente, sin hacer caso de quienes iban y venían; contestando con indiferencia a aquellos amigos que, al pasar, lo saludaban, continuó reflexionando.

La enfermedad de su padre se asoció a la idea de su matrimonio.

Si momentos antes, al lado de Cordelia había considerado su enlace como la más bella de las esperanzas que acariciaba, ahora veía en él la negación de toda felicidad en el porvenir.

—Cordelia me ama; yo la adoro; somos jóvenes. ¡Qué hogar tan bello el que formaremos!. . . . Sin embargo, soy tan débil y tan cobarde que tengo miedo, no sé qué funestos pensamientos oscurecen mi mente al despertarse en ella las ilusiones que se levantan ante la idea de mi matrimonio.

¿Por qué me caso con esa señorita que talvez podría ser dichosa al lado de otro hombre? ¿Podré retirar mi palabra y dejar en el goce de su libertad a mi prometida? Por desgracia no puedo. es demasiado tarde para dar un paso atrás: no me siento con fuerzas para hacer morir, en un momento, las ilusiones que yo mismo hice nacer con mi imprudencia. Y también me obligan las circunstancias, la sociedad me ha hecho contraer un compromiso y debo respetar ese cúmulo de espectadores sedientos de bodas y de fiestas. . . .

Me siento tentado a decir que ya no amo a Cordelia, a romper con ella, ahogar, en fin, mis ilusiones, para evitar, de ese modo, que el porvenir se muestre conmigo tan cruel como el pasado...

Al pensar esto un temblor nervioso agitó su cuerpo, se colorearon sus mejillas y en sus labios se delineó una sonrisa de profunda amargura.

Y resignado aunque temblando ante la mentira vergonzosa que a todas horas debía pregonar, simulando la dicha que no sentía, siguió hasta su casa, triste y dudando siempre.

VI

EN la casa de Cordelia las piezas que servían de sala y antesala estaban adornadas lujosamente.

Por la cornisa corrían por trenzas de flores, de las cuales, de trecho en trecho, se desprendían los rosados reflejos de las lámparas eléctricas rodeadas de sombras en forma de azucenas.

Descolgándose de las galerías se veían cortinas color crema que, al bajar, se despleaban sosteniéndose en las jambas como con miedo de caer; torcían a ambos lados para reposar en los alzapañños plateados y de ahí brincaban ligeras al piso encerado de la habitación, ciñendo el pie de unas macetas de porcelana en las que crecían hermosas paca-yas.

En en el centro del plafon de cada

una de las habitaciones se abrían ramilletes de lirios y magnolias que circundaban un par de lámparas eléctricas cuyos rayos caían en todas direcciones atisbando los brazos desnudos y los pechós escotados de las señoras y señoritas que había en los salones.

Cuando los clarines de los cuarteles y las campanas de las iglesias de la ciudad anunciaron las ocho de la noche, por una de las puertas laterales entraron a la sala Cordelia, del brazo de su anciano padre, y Eugenio, dando el suyo a una tía de su prometida. Detrás de las dos parejas venían los otros miembros de ambas familias y los invitados.

En el centro de la sala, bajo los ramilletes de lirios y magnolias suspendidos del plafón, en medio de un círculo formado por los concurrentes, se colocaron los dos jóvenes y pusieron atención a los consejos que el sacerdote les daba antes de bendecir su enlace.

Cordelia estaba bellísima con su hermoso vestido de seda adamascado de color blanco, con su velo de punto que se desprendía de la diadema de azahares y bajaba replegándose hasta descansar en

la cola del vestido que el hermanito menor de la novia sostenía respetuosamente. Estaba muy pálida y en sus ojos se podían notar huellas de las lágrimas derramadas un momento antes cuando la joven recibía las bendiciones paternas.

Al terminar el sacerdote sus consideraciones acerca de la nueva vida que empezaban los contrayentes, mientras las señoritas acudían a besar las mejillas de la joven desposada y los jóvenes estrechaban la mano del novio, deseándoles eterna felicidad, la orquesta, situada en la antesala, preludió la encantadora romanza de la ópera «Mignon»:

¿Conoces tu el hermoso país donde florecen
naranjos siempre bellos, país donde parecen
las aves mas ligeras, mas plácida la brisa,
y donde irradia espléndida, cual celestial sonrisa,
eterna primavera, bajo un azul sereno,
bajo un azul sin nubes, de encanto siempre lleno?....

por la cual Cordelia siempre había demostrado preferencia cantándola cuando llenaba sus obligaciones.

Luego, los invitados se dispersaron por las dos habitaciones destinadas al baile; hablaban de la emoción del no-

La primera

vio, de la palidez de Cordelia y del temblor que se notó en la voz de ambos al contestar a las preguntas del sacerdote.



VII

EMPEZÓ el baile. Las parejas pasaban rápidamente dejando una estela de perfumes deliciosos; ahora, *Ylang-Ylang*; luego, *Violeta*; después, *Brisa de las Pampas*; en fin, una cantidad de esencias penetrantes que saturaban el ambiente de emanaciones voluptuosas.

Las cuadrillas, valeses y mazurcas se sucedían con intervalos cortísimos; los enamorados bailaban juntos tres y cuatro piezas seguidas sin importarles nada las observaciones que de ellos se hacían; las parejas entablaban conversaciones frívolas en las que los jóvenes cruzaban con las señoritas las mismas frases huecas que cruzan en las esquinas con sus camaradas; mientras tanto algunos invitados que no danzaban por cualquier motivo, se divertían ridiculizando las

formas escasas de algunas señoritas o las de otras que llevaban sobre su cuerpo verdaderas maquinarias impidiendo de ese modo el desarrollo de las líneas puras y correctas. También hacían comentarios acerca de la manera de bailar de ciertas personas que olvidan los movimientos graciosos que son la belleza del baile y que, no sabiendo buscar las actitudes nobles que sostienen—en la danza—relaciones armoniosas entre las partes del cuerpo, constituyen el baile en una agitación desordenada por entero reñida con la cultura y la decencia.



VIII

DESPUÉS de varias piezas, las señoritas tomaron asiento y los sirvientes, vestidos con decencia, les ofrecieron helados, refrescos y tosteles que ellas aceptaron con una sonrisa encantadora al mismo tiempo que se hacían aire con los pañuelos perfumados tratando de refrescar sus mejillas encendidas.

Durante el descanso, varios jóvenes en la pieza interior destinada a la cantina se estrujaban con impaciencia: tal era la sofocación ocasionada por el baile y tal el afán que—a algunos—es lo único que lleva a esas fiestas.

En las puertas que daban a los salones de baile, otros invitados se habían agrupado para contemplar desde allí a sus adoradas que, de cuando en cuando,

les sonreían con ternura. Entre ellos, un joven a quien se atribuían todas las crónicas de los bailes anteriores, se daba importancia haciendo apuntes en un cuadernito rojo, anotando a las señoritas que—en el salón—desfilaban ante él con una coquetería adorable para tener el honor, al día siguiente, de leer en uno de los diarios sus nombres respectivos acompañados de los inevitables *bella, preciosa y encantadora cuando no divina y angelical*.

Por la costumbre que tienen los costarricenses de recibir con los brazos abiertos a todo el que venga del exterior sin conocer sus antecedentes, había sido invitado un joven extranjero, recién llegado al país, quien preguntaba al cronista el nombre de las señoritas que no conocía.

Guturalizando las *erres*, lo que indicaba su origen francés, decía:

—¿Quién es esta señorita vestida de amarillo-paja y que toma a cada instante actitudes diferentes entre las cuales me llama la atención la que le sirve para expresar el disgusto que le causa el encontrarse entre nosotros?

—Es la señorita *Humo*. No la conocía usted? La llamamos así por que es una *muchacha* que, dándose cuenta del encanto que ejerce su hermosura, hace todo lo posible por llamar la atención de los jóvenes y principalmente de los extranjeros.... y—queriendo disculparla añadió—no debemos quejarnos de esas coqueterías; nosotros mismos tenemos la culpa. Si una señorita tiene unos ojos bonitos, unas mejillas sonrosadas, un cuerpo bien formado.... nunca faltan indiscretos que, en via de galanteo, se lo hagan saber a la jovencita y ella, entonces, se fija en las perfecciones que posee, desea ostentarlas y las ostenta; desea conservarlas y aun aumentarlas y, de allí, como consecuencia—agregó sonriéndose el cronista—los polvos, la pintura y los postizos.



IX

LA danza había comenzado otra vez. Ambos jóvenes continuaron en su sitio fijándose en los detalles: el cronista, para una novela que decía estaba escribiendo y el francesito, para aumentar sus impresiones de viaje que publicaría mas tarde y en las que se prometía comparar la vida social de todas las naciones americanas desde Méjico y Guatemala hasta Chile y Argentina.

La conversación se reanudó debido al saludo que una amable señorita hizo al joven cronista. El extranjero iba a preguntar cual era el nombre de aquella rubia que sonreía con tanta gracia cuando le dijo su compañero:

—Esta señorita es una de las pocas que cultivan las letras en Costa Rica. Sin embargo nunca ha aparecido su nom-

bre al pie de sus bien pensados artículos.

—¿Tiene miedo a la opinión pública?

—Hay razón; entre nosotros se ve con antipatía, podría decir, a las señoritas que muestran predilección por las letras. Se las llama *bachilleras* pretenciosas, por lo cual ellas, poseyendo a veces el talento necesario, prefieren vivir calladas y ocultar los conocimientos que han adquirido. Yo, por mi parte, alabo a esas señoritas que comprenden su misión y que, al estudiar, hacen lo posible por ser útiles hoy, a sus compañeras y, mas tarde, a sus hijos y a sus maridos.

—Reciba mis felicitaciones; no pertenece usted a esa multitud de jóvenes que no hacen otra cosa que rendir homenaje a la hermosura de las mujeres sin saber apreciar las condiciones de talento que muchas de ellas poseen y....

—Precisamente—interrumpió el cronista—de ese modo las obligan a ser superficiales. Y luego en los periódicos, en las críticas sociales, nos quejamos de la coquetería de las mujeres sin acordarnos de buscar un medio de prepararlas, por una educación mejor, para otras ocupaciones que las ennoblezcan.

—¿Será por eso, amigo,—replicó el francesito—que las conversaciones que he tenido el honor de escuchar tanto en este salón como en otros muchos, se limitan a las modas, a los bailes, a las recientes conquistas, a los últimos disgustos, a la gallardía de los actores de una compañía extranjera..... en fin, a frivolidades?

—Sí, señor; y a eso se deben también los frecuentes matrimonios de conveniencia que entre nosotros se efectúan. Los padres prefieren adornar a sus hijas antes que darles la educación necesaria; las exhiben como mercaderías constituyendo así el matrimonio en un sistema de enriquecimiento y haciendo creer a sus hijas, de este modo, que el cálculo y el mercantilismo son las bases de la felicidad humana. A propósito..... ¿ve usted esas señoritas que, fatigadas por el baile, reposan en ese sofá de la derecha?

—Sí, las veo; están muy bien vestidas. ¿Como se llaman? ¿A que familia pertenecen?

—Pertenece a una familia que hace muchos gastos de los cuales, naturalmente, tiene conocimiento todo el mundo:

el presupuesto para vestidos, perfumes, abonos de teatro y todo aquello que pueda darles un aire de distinción ante sus relacionados, aumenta mientras disminuye proporcionalmente el de las prendas interiores de las personas y de las habitaciones y aun el de la alimentación.

—¿Pretenden de ese modo pertenecer a la clase privilegiada josefina?—se atrevió a preguntar el extranjero, quien, al oír una respuesta afirmativa, trajo a su memoria uno de los mas hermosos pensamientos que había encontrado en sus lecturas:—«No están lejos los malos días cuando, en una nación, llega a ser la riqueza la única señal del rango social.»—

El número de danzantes iba disminuyendo conforme avanzaba la noche. De cuando en cuando grupos de invitados se retiraban satisfechos después de saludar a los jóvenes esposos, quienes permanecían sentados uno al lado del otro en un sofá forrado, como todos los asientos del salón, con terciopelo carmesí.

Un niño llegó corriendo y abrazando la cintura del cronista le dijo con voz vibrante:

— *Vamonós.*

El joven acarició al niño, se despidió del francesito y luego de Eugenio y Cordelia.

El extranjero imitó a su compañero, saludó con cortesía a los dueños de casa y salió pensando en aquel niño que—como un igual—se codeaba con los hombres, yendo a bailes y otras reuniones en donde veía muchas cosas que le explicaban del todo las frases maliciosas que había escuchado de sus compañeros.

.
.

Una hora después la Felicidad y el Amor derramaban, pródigos, el tesoro de sus ánforas sobre aquella pareja encantadora.



X

DIRIGIÉNDOSE a la ciudad de Esparta en donde colgarían el nido de sus cariños y ternezas, llevando al paso sus dos caballos y trayendo a la memoria las dulces emociones de su vida de novios, Cordelia y Eugenio seguían las ondulaciones del camino que subía penosamente por las faldas del Monte del Aguacate.

Cuando llegaron a lo alto, desmontaron para respirar mejor aquel aire puro y para contemplar el hermoso paisaje que a sus ojos se presentaba.

Hacia el frente, divisaban una franja de plata teñida de rosa: era el mar lejano que parecía sentado entre las nubes azuladas y el verde oscuro de la vegetación.

Y del otro lado, un mar de esmeralda

se extendía ante sus ojos: la región cultivada del valle central se les presentaba unida, inmensa.

Rebosando felicidad Cordelia rodeó con sus brazos el cuello de Eugenio y dándole un beso ardiente le preguntó:

—¿Te acuerdas, Eugenio, de aquella noche en que te despedías de mi para acompañar a tu padre enfermo? ¿Recuerdas que me dijiste que en lo alto de este monte, al mirar la ciudad de San José perdida entre el verde de la vegetación, enviarías muchos suspiros para mi....., para mi sola?

—Si, recuerdo—contestó Eugenio distraído.

—¿Y cumpliste con tu promesa?—volvió a preguntar la bella Cordelia.

—Si, Cordelia, en este sitio lloré mucho, muchísimo....

—Oh! tu has sido siempre muy amable..... por eso es que te amo tanto.....

—y besó repetidas veces los sonrosados labios del joven escritor.

Eugenio se dejaba acariciar sin corresponder—con el mismo frenesí—a aquellas demostraciones del amor de su esposa.

Se desprendió de sus brazos, se sentó sobre el césped que crecía a un lado del camino y se puso a meditar. Las palabras de su compañera despertaron en el muchos recuerdos dolorosos y la misma lucha que en su cerebro se había entablado cuando, un domingo, pensó en su matrimonio con Cordelia, se apoderó en ese momento del infeliz.

La señora que no sabía nada y que se explicaba aquella meditación con el recuerdo del padre difunto, lloró también y así, tristes y callados continuaron su camino, llegando a la antigua ciudad de Esparta cuando el cuerno de oro de la luna empezaba a rasgar el manto negro con que la noche había cubierto el firmamento.



XI

LA luna de miel trascurría trayendo con cada una de sus semanas una nueva dulzura para Cordelia y Eugenio.

Al reposo de que gozaban en una casita de los alrededores de Esparta, se unían las fatigas de las excursiones.

Entre éstas les dejó honda impresión un paseo que hicieron, en bote, por el estero que forma el río de la Barranca al confundir sus aguas con las del Océano Pacífico.

El bote en que iban los dos jóvenes rompía el agua que daba reflejos verdosos bajo la sombra de la pequeña embarcación; Eugenio remaba con destreza y, bajando el río, después de un pequeño recodo, se presentó a su vista el azul puro del mar confundiéndose con el azul pálido del cielo en el horizonte desde donde una traza de luz se deslizaba

por encima de la inquieta superficie; la tarde se envolvía en una gasa de color violeta y allá, en lontananza, se dormían los contornos de las islas del Golfo de Nicoya.

Mas cerca, en el sitio en que batallan el río y el océano antes de darse el abrazo de reconciliación, las olas rompían con fuerza y se orlaban de espumas formando, en la barra, una guirnalda encantadora de un blanco inmaculado sobre el azul sombrío del mar.

El viento acariciaba con dulzura a los dos paseantes, tratando varias veces de arrebatarse el sombrero de paja adornado con una cinta oscura que llevaba Cordelia. Ambos esposos respiraban con delicia el aire cargado de emanaciones salinas. Después de fijarse en los alrededores, Cordelia llamó la atención de su esposo hacia la ribera derecha diciéndole:

—Mira, Eugenio, que vista tan preciosa! En esta orilla, fijate: el agua es tan transparente que se ven con toda claridad los contornos de los árboles que alargan su sombra para contemplarse en ese espejo admirable.

El cuadro hacia el cual los dos esposos dirigían su mirada era bellissimo; las imágenes de los arbustos de la ribera estaban tan claramente delineadas en la superficie del agua tranquila que Eugenio exclamó:

—Cordelia, que bello paisaje! Escucha, cuando llegemos a nuestra casita, trata de evocar con tu pincel ese conjunto encantador, y yo te ayudaré en lo posible haciendo la descripción literaria... ¿quieres?

La joven señora después de hacer algunas observaciones acerca de lo difícil que era aquel trabajo terminó ofreciéndole satisfacer sus deseos en lo que sus fuerzas se lo permitieran.

Eugenio, remando con fuerza, hizo que la pequeña embarcación se acercara a la orilla izquierda de la desembocadura desde donde pudieron ver, allá a lo lejos, el muelle de Puntarenas adelantándose en el mar para recibir las caricias de las olas juguetonas y, cerca de él, los barcos inmóviles en los que empezaban a titilar las lucecillas del servicio.

Continuaron paseando por el ancho

estero hasta que del cielo empezó a bajar la dulce claridad que enviaba indolente el disco plateado de una luna hermosísima.



XII

ENTRE las numerosas escenas que dejaron recuerdos agradables en los jóvenes ninguna les llamó tanto la atención como las de los bailes populares efectuados en Puntarenas la noche del quince de Setiembre con motivo de la fiesta nacional.

En el Puerto, Eugenio pudo observar muchas costumbres desconocidas en el interior de la República; conoció también que la expresión de los sentimientos de aquel pueblo amable y complaciente no obedece en nada a las exigencias sociales: ni a la cortesía comprometedora, ni a la etiqueta fastidiosa.

En su cuaderno de apuntes anotó con satisfacción que no conocía en Costa Rica una gente tan hospitalaria como aquella, y que en tres días de regocijos populares, no había observado esa ten-

dencia a la discordia y al escándalo de que hacen gala los habitantes del interior.

Acompañados por dos simpáticas morenas, hijas del ardiente sol porteño, que habían sido condiscípulas de Cordelia, los jóvenes esposos asistieron al *baile del tamborito* que constituye uno de los cuadros más originales en las costumbres de los costarricenses y es, para los que se dedican al estudio de la música y del baile, una representación de los primeros adelantos alcanzados por el hombre en esas artes.

Bajo un cobertizo rústico y en un entarimado bastante espacioso, se reunían personas de ambos sexos que conversaban con animación mientras la orquesta se preparaba para dirigir la danza con los sonidos evocados en sus instrumentos.

Al empezar la música, las miradas de los presentes se dirigieron hacia el grupo que en un rincón formaban los cuatro ejecutantes. En medio de estos, un campesino muy serio, que llevaba el cuello protegido por una toalla, sostenía un viejo violín con el brazo izquierdo extendido hacia adelante, mientras que

su derecha arrancaba con el arco unas cuantas armonías de las cuatro cuerdas del instrumento.

A un lado, apoyando uno de sus pies en el banco que ocupaban sus compañeros, otro campesino de semblante muy alegre frotaba con rapidez la *guaracha*: dos pedazos de palmera labrados que, al pasar uno sobre otro, producían un sonido que aumentaba en intensidad cada vez que el violín lanzaba una nota aguda.

El tercer ejecutante apoyaba la rodilla izquierda sobre un tambor ordinario que estaba colocado en el piso de madera. Con dos bolillos cortos hacía redobles continuos que correspondían a las voces bajas del violín.

El último músico se mantenía de pie sacudiendo entre sus brazos con violencia la *zambumbia*: un pedazo de árbol, cilíndrico, hueco, arrojado por el mar y lleno de granos de maíz, que, al ser sacudidos, originaban un ruido invariable y fastidioso.

En aquella música no podían existir, como es de suponerse, las disonancias y los choques que engendran las melodías puesto que los rústicos instrumentos no

hacían otra cosa que, repetir compases iguales sirviendo únicamente para marcar el ritmo a los danzantes.

Cuando empezó la música, los espectadores se hicieron hacia los extremos dejando espacio suficiente para los bailarines que se dispusieron en parejas.

El baile suelto contituye para el pueblo costarricense—con especialidad para los habitantes de la comarca de Puntarenas y de la provincia de Guanacaste— el mejor modo de divertirse.

Dejando a un lado el abrazo estrecho que caracteriza la danza de salón, el baile suelto recuerda el amor sexual con sus luchas y sus victorias. Primeramente el hombre, para llamar la atención de su compañera, improvisa los gestos y actitudes que le parecen mas apropiados a la posición que la mujer toma al seguir el compás de la música. Esos gestos y actitudes resultan muchas veces graciosos; parece entonces que la compañera se rinde a los atractivos desplegados en el baile por su pareja: poco a poco, obedeciendo ella a la seducción ejercida por los movimientos del hombre, ambos se van acercando y al fin, con las caderas

enteramente juntas se efectúa la transición encantadora entre la vivacidad de los gestos y la lentitud de un balanceo sensual muy malicioso que dura breves momentos.

Ese balanceo despierta, en los danzantes y en los espectadores, asociaciones de ideas, ya de tranquilidad y de placeres, ya de trabajo y de excitaciones. Por último, en un arranque inesperado, las parejas dan la vuelta, se separan y empiezan de nuevo la figura.

Durante mucho rato permanecieron los cuatro jóvenes mirando las diversas posiciones que adoptaban los danzantes; observaron con atención los instrumentos que componían aquella orquesta original, y muy tarde de la noche abandonaron aquel sitio en donde un pueblo pacífico se reunía para celebrar, bailando, el aniversario de la independencia de su patria.

Al día siguiente fueron llamados los dos jóvenes a una casa del vecindario donde un *marimbero* recién llegado de Bagaces, iba a tocar algunas piezas de su repertorio en honor de aquellos simpáticos josefinos.

En el patio de la casa, bajo un árbol de escaso ramaje, tomó asiento el joven bagaceño. La *marimba* que llevaba era pequeña, angosta, formada de calabazas huecas cuyas bocas estaban medio cerradas por reglas de madera de diferentes tamaños.

De la parte inferior de esas reglas salía un bejuco en forma de semicírculo sobre el cual debía sentarse el *marimbero* para sostener el instrumento en la debida posición. En cada una de sus manos llevaba dos bolillos de cabeza ancha con los cuales golpeaba las distintas reglas de la *marimba* produciendo así sonidos que combinados con gusto se resolvían en los valeses y las mazurcas de mas aceptación en aquellas regiones.

El joven bagaceño tocaba con tanta destreza que muy pronto se colocó ante el una pareja que empezó a ejecutar el baile suelto que tanto les había llamado la atención a Cordelia y a Eugenio en la noche anterior. El muchacho levantaba los brazos y con su sombrero en la derecha hacía aire para refrescar el rostro de su compañera que graciosamente

bailaba levantando de vez en cuando su delantal de una blancura extremada.

Eugenio contemplaba aquel cuadro con atención; aquella escena despertó en su cerebro muchas otras, entre ellas las relaciones encantadoras que le hacía su padre al volver de sus continuos viajes por aquellos lugares. Se acordó de la descripción detallada que, una noche en que la luna resbalaba su disco brillante por la inmensa llanura del cielo, le había hecho, del baile de *marimba* su padre anciano. Se levantaron en su cerebro muchos recuerdos tristes y, cuando terminó de tocar el bagaceño, el joven suplicó a su esposa retirarse lo mas pronto posible.

Desde aquel día se retrajo por completo en la casita solitaria que el matrimonio ocupaba en Esparta sin querer efectuar mas excursiones por los alrededores. Cordelia reclamaba a menudo el paseo ofrecido al presidio de San Lucas y la visita al pueblo de Miramar y Eugenio siempre contestaba con frases evasivas que extrañaron a la señora acostumbrada a encontrar en el un marido amable y complaciente.

XIII

HABIENDO continuado durante varias semanas el retraimiento de Eugenio, ambos jóvenes resolvieron volver a la capital endonde el padre de Cordelia había arreglado para la simpática pareja una casita pequeña cercana a la suya.

El cambio efectuado logró distraer un poco al joven pues las continuas visitas que recibía le llamaban la atención hacia varios fenómenos sociales que siempre le habían interesado. Ayudado por su esposa observaba pequeños detalles que habían de servirle mas tarde para sus artículos de costumbres que pensaba publicar en uno de los diarios josefinos.

Poco duró aquel retorno a los días en que Eugenio, contento al lado de su mujer, no revelaba la existencia de un pensamiento doloroso fijo en su cerebro.